

es, pues, el arte de imitar? No es otra cosa. Si no fuese esto, no sería más que un ridículo amasijo de colores, juntos por el azar...» «El arte de la perfecta imitación», según Aristóteles. «El de representar negro exactamente todo lo que es negro, y blanco, todo lo que es blanco», según las palabras de Luciano, tan pedestes como inexactas... Horacio no se priva siquiera de canonizar el ilusionismo efectista, que tanto ha corrompido al arte moderno; aquí el que aconseja, por ejemplo, no mirar ciertos cuadros sino de cerca, y otros a distancia.

*«Erit quae, si propius stes,  
Te capiet magis, et quaedam si longius  
[abstet].»*

Apeles fué, entre los pintores antiguos, el más glorioso. Su nombre da nombre a su arte, por antonomasia. Es el arquetipo, el término tópico en toda ponderación de excelencia. ¿Qué cuentan de Apeles, qué elogios tienen para Apeles los escritores antiguos? La anécdota de las uvas no se encuentra en los repertorios; tal vez proceda de la biografía de otro pintor. Pero distintos relatos equivalen exactamente a aquélla. Alejandro, una vez, no elogia lo bastante uno de sus retratos ecuestres, de mano del pintor; pero un caballo se pone a relinchar en dirección al caballo de la pintura. «Tu caballo—dice el artista al Emperador—es mejor crítico que tú». Otro relato, alusivo a la estancia de Apeles en Rodas, le presenta sirviéndose de un trazo volante de pincel, para reemplazar una tarjeta de visita. Una escena, en uno de los sabrosos cuadros de costumbres de Herondas (descubiertos en 1891) hace hablar a dos amiguitas que visitan el templo de Esculapio en Cos; entre los *ex-votos*, encuéntrase algunos cuadritos de Apeles; las visitantes glosan en seguida su admiración: «¡Mira, querida, qué gracioso, este niño desnudo! Sus carnecitas se dirían calientes y palpitantes. Parece que, si le pellizco, va a quedar señal... ¿Y este buey? Me haría gritar de miedo... ¿Y estas pinzas? ¿No hacen el efecto de plata de veras?» Nos parece estar oyendo, propiamente, a dos burguesitas de nuestros días, que recorren y comentan una Exposición. Luego hay la historia del zapatero. Presenta éste una observación sobre la manera como está figurada una alpargata o crépida, y Apeles le escucha; se permite después una observación sobre una pierna del retrato, y el artista le chasquea. «*Ne supra crepidam sutor*»; es decir: «Zapatero a tus zapatos». ¡Donoso cuento, pero cuán mediocre doctrina!

#### HIPOTESIS.

VOLVAMOS ahora a recordar la perfección ideal de las estatuas clásicas y

sus ojos sin pupilas, para preguntarnos: ¿Cómo, entre escultores y pintores, tal diferencia, tanto alejamiento en la inspiración?

Tres hipótesis explicativas. No podemos hacer más que insinuarlas.

Una: la diferencia de épocas. El máximo florecimiento de la escultura pudo coincidir, en Grecia, con la madurez del gusto; el de la pintura, con su decadencia. Así es posible que ciertos comentarios traduzcan un sentir mucho menos puro que el de ciertos bronceos. Otra hipótesis. ¿Y no separaría la producción estatutaria de la pictórica una diferencia así como de «clase social»? ¿La escultura no sería, de una parte, arte público, religioso o civil, arte solemne, y de otra (en muñecas y figurillas), arte ingenuo y po-

pular, mientras que la pintura correspondía a una cierta mediocridad, a un cierto «quiero y no puedo», con más peligros por consiguiente, de caer en lo «cursi», como hoy cae en él más fácilmente el mueble de bazar que el de ebanista selecto o el de humilde carpintero de blanco? Tercera hipótesis, en fin. Acaso la estética de aquellos pintores cuyas obras están perdidas, valga más que la de sus críticos...

¿No tropezamos hoy a cada paso con prólogos o catálogos de Exposición que dicen precisamente lo contrario a lo que el pintor ha significado o querido significar en su lenguaje de líneas y de colores?

EUGENIO D'ORS

(A. B. C., Madrid).

## Oficio y misión

NO han enviado ustedes nunca un reloj a componer? Yo envié días pasados el mío en una capital de provincia, pagué doce pesetas por el arreglo y he recibido el ejemplar. Ya sé que ustedes han adivinado que no anda o que anda mal. Se atrasa, en efecto; pero lo particular es que se atrasa, término medio, diez y ocho horas cada veinticuatro. Se le da ahora cuerda; son las doce del día y a las seis de la tarde quizás marque la una y media; a las doce de la noche, las tres, y a las doce de mañana, las seis. Si este retraso fuera regular aún podría servirme. Lo malo es que unas veces se para y otras anda con normalidad.

Ya sé que a ustedes le habrá acaecido algo parecido. Estarán ya habituados o habrán encontrado el mirlo blanco, que también existe, de un relojero concienzudo. El caso es que estos descuidos no ocurren tan frecuentemente en los países del centro y norte de Europa, donde tienen su sede las industrias de precisión, lo mismo las mecánicas que las eléctricas, las químicas que las de producción de aeroplanos. Y la cosa es grave. La espoleta de una granada no es más que un aparato de relojería. Una granada con mala espoleta no explota nunca o explota a destiempo, y mientras no abunden tanto entre nosotros como en el Norte los relojeros escrupulosos, el mundo seguirá siendo para los pueblos que produzcan las granadas que causen los mayores destrozos entre sus enemigos.

Vamos a las causas. El racionalista utilitario y el antiguo progresista supone que los pueblos del Norte tienen las industrias más adelantadas porque

son más listos o más cultos. Saben lo que les conviene. El éxito de las industrias de precisión depende de la escrupulosidad del trabajo. En el caso de las industrias un poco complicadas es evidente que «la honradez es la mejor política» y que el pillo se queda en tonto por pasarse de listo. El relojero mío se quedará sin clientes, y si la culpa no es suya, sino de algún obrero, será este obrero poco escrupuloso el que no encontrará trabajo o tendrá que contentarse, a la larga, con un salario de peón.

Frente a este cándido utilitarismo afirmo que el pillo no es tan tonto como le cree el progresista. Supone éste que a mi relojero le conviene hacerse concienzudo. A la larga, abstractamente, el progresista tiene razón. Concretamente puede no tenerla, y generalmente no la tiene. Si este relojero mío tuviese que atender personalmente cuantos relojes llegan a su tienda no podría continuar su partida de tresillo en el casino. Pero no es seguro que hallaría la compensación adecuada. Es posible que la composición de más de un reloj le tuviera desvelado varias noches, con quebranto de su salud. La mujer le diría todo el tiempo: «No seas primo. ¿Por qué te tomas un trabajo que tus clientes no saben estimarte?» Es casi seguro que los obreros se quejarían de que su patrón los vigilaba demasiado, y si se volvía escrupuloso, no cabe duda de que tendría que vigilarlos mucho.

A la larga, le saldría bien la escrupulosidad. Aprendería mejor su oficio, se ganaría poco a poco el respeto de los clientes con discernimiento; acabaría, si no se lo impedían los primeros contratiempos, por conquistar una